

LA ZAMPOÑA

SOFOCADO por el aire denso de la maleza, cubierta de telas de araña y pinchos de abeto. Melitón Chichkine, intendente del cortijo de Dementievo, caminaba con el fusil a la espalda por el lindero del bosque. Su perra Damka, mezcla de utler y sabueso, preñada y extraordinariamente flaca, se arrastraba tras él escurriendo su cola mojada y haciendo esfuerzos para no pincharse en el hocico. La mañana era desagradable y nublada.

Por todas partes helechos y árboles estaban empapados ligeramente por gruesas gotas de agua. El bosque exhalaba un hedor aereo, como a podrido.

En la parte donde terminaba la maleza se veían abedules y entre sus troncos el espacio gris, humoso. Detrás de los abedules, un pastor tocaba una flauta que él mismo había construido. No hacía sonar más que cinco o seis notas que alargaba perezosamente, sin tratar de unirlas en algún motivo; había por tanto en sus agudos silbidos algo áspero y extraordinariamente triste.

Cuando la maleza se aclaró ante él y cuando los abetos se mezclaron con abedules jóvenes, distinguió el rebaño Melitón.

Caballos con las manos trabadas, vacas y ovejas vagabán entre los arbustos rompiendo ramas y pastando la hierba silvestre. En la linde, el pastor viejo y flaco, vestido con un caftan desgarrado, sin sombrero, se apoyaba en un tronco. Miraba al suelo ensimismado y tocaba su flauta, sin duda maquinalmente.

—¡Abuelo, Dios le guarde; buenos días! — dijo Melitón abordándole, con una voz agria y aguda que no se avenía bien con su gran estatura y su figura carnosa. — ¡Sabes que tocas bien la flauta? ¡De quién es ese rebaño?

—Es de Artamonovskoe — dijo el pastor de mala gana, mientras apretaba contra el pecho su canutillo.

—De modo que este bosque es de Artamonovskoe?

